

BIGGS, J. (2005): *Calidad del aprendizaje universitario*. Madrid: Narcea, 296 pp.

El enfoque pragmático y funcional del contenido de este libro, fundamentado en la reflexión que hace el autor sobre sus propias experiencias como docente en diferentes universidades del mundo (Australia, Canadá, Nueva Gales del Sur y Hong Kong), le confiere, ya de entrada, un valor especial, al margen de que se coincida o no con sus ideas sobre la enseñanza universitaria. Su objetivo es ayudar a los profesores a "reflexionar sobre la calidad de su enseñanza para mejorarla", incluso en contextos masificados. En la introducción del libro, presenta dos premisas en las que basa su práctica docente: "La enseñanza es algo personal", en cuanto se dirige a personas concretas, y "lo que hace el estudiante es más importante que lo que hace el profesor".

El libro consta de once capítulos. En el primero, titulado "Cambiar la enseñanza universitaria", analiza el problema de cómo los profesores universitarios a partir de la década de los 90 han tenido que enfrentarse a clases masificadas, a una mayor diversidad de estudiantes en cuanto a capacidad y motivación, a un cierto recorte de recursos debido a la masificación, y a una disminución de asignaturas debido a las demandas del mercado. El reto es lograr que, en ese contexto, no desciendan los niveles, ayudando a los estudiantes menos motivados (que son la mayoría) a que se comprometan en actividades que les ayuden a conseguir los objetivos, tal como hacen los buenos estudiantes, a los que el autor llama "académicos". Para ello, el apoyo del profesor es imprescindible desde un paradigma aprendizaje-acción.

En el segundo capítulo, para conseguir la calidad en la enseñanza, presenta un método al que denomina "alineamiento constructivo", basado en las actividades de aprendizaje que realiza el estudiante. Dichas actividades han de orientar un enfoque profundo de la enseñanza, basado en la participación activa del alumnado en su aprendizaje, y no superficial (memorístico y repetitivo), propio de los métodos tradicionales.

En el tercer capítulo pone especial énfasis en la importancia de formular y clarificar los objetivos curriculares, para hacer explícitos los significados que queremos que aprendan los alumnos, facilitando así que éstos alcancen los máximos niveles de comprensión. La creación de un marco (clima) para que la enseñanza sea eficaz, es el núcleo central del cuarto capítulo. Se trata de maximizar las oportunidades de los estudiantes, fomentando actividades de alto nivel que lleven a un enfoque significativo y profundo de la enseñanza y no meramente superficial. Ambos enfoques van a depender de los niveles de confianza que se depositen en los alumnos.

En el capítulo cinco, el autor revisa un conjunto de actividades de enseñanza-aprendizaje (AEA) para clases de, máximo, cuarenta alumnos: las dirigidas por el profesor (clase magistral, tutorías, seminarios, laboratorios y excursiones); las dirigidas por los compañeros (debates, solución de problemas, aprendizaje en parejas); y las autodirigidas (técnicas de estudio, técnicas metacognitivas, aprendizaje autónomo). En el capítulo sexto expone AEA, para mejorar la calidad de la enseñanza en clases masificadas. Centra su atención en la clase magistral, teniendo en cuenta dos estrategias básicas: a) La presentación del contenido, y b) El trabajo que el estudiante hace sobre dicho contenido, reflexionando, comparando, aplicando, etc. Otro aspecto en el que hace especial hincapié es en la importancia y necesidad de reconciliar la impersonalidad de las clases masivas con el acercamiento del profesor a los alumnos para darles un trato más directo y personal. El autor dedica un séptimo capítulo a los estudiantes internacionales, donde presenta los principales problemas de adaptación y de idioma que se plantean, y algunos enfoques erróneos que, en la práctica, se llevan a cabo para superarlos. Para solucionar dichas

dificultades parte de las siguientes premisas: los problemas radican en las formas de enseñanza, no en los alumnos; hay que centrar la enseñanza en las semejanzas entre estudiantes, no en las diferencias; y hay que atender a los alumnos internacionales dentro del sistema de enseñanza y no como una acción aparte.

En el capítulo octavo, el autor llega a la conclusión de que, por regla general, los efectos de la evaluación tradicional son perjudiciales para el aprendizaje. Considera que la evaluación cuantitativa afecta negativamente a la adquisición de un conocimiento de nivel superior, y sostiene que es la evaluación cualitativa la que favorece este tipo de conocimiento, ya que exige al profesor un nivel de juicio más elevado acerca del grado en que los estudiantes se acercan a los objetivos.

En el capítulo noveno reconoce la dificultad que tienen los profesores para evaluar cualitativamente a clases masificadas y con pocos recursos. Si bien, insiste en que la evaluación debe ser acorde con los objetivos que se pretenden. Así, si la enseñanza sigue la línea tradicional, la evaluación no podrá ser cualitativa. Presenta, además, las diferentes formas de evaluar, tanto cuantitativas como cualitativas: formatos de ensayo y de desarrollo; pruebas objetivas, entrevistas, diarios, portafolio, mapas conceptuales, carta a un amigo, etc.

A lo largo del capítulo décimo comenta tres ejemplos de enseñanza alineada llevadas a la práctica, con resultados eficaces. En el primer caso, de enseñanza tradicional, se introduce "la evaluación a cargo de los compañeros" en algunas tareas, y aunque ésta no era computable, el aprendizaje de los alumnos mejoró considerablemente. El segundo caso consistió en el aprendizaje basado en la resolución de problemas; aquí, la evaluación, que fue positiva, consistió en examinar el grado de perfección de la resolución. En el tercer caso, se utilizó el aprendizaje mediante portafolio, en el que los alumnos negociaron los aprendizajes que satisfacían los objetivos previamente establecidos.

Finalmente, en el último capítulo, el autor reconoce que, aunque el interés principal de su libro es el profesor, éste no trabaja como individuo aislado, ya que la enseñanza es responsabilidad colectiva del centro como institución. Por tanto, los cambios y mejoras han de implementarse desde todos los sectores implicados, que deben apoyarles, atendiendo a la previsión de recursos, a la formación permanente del profesorado, etc.

Katia Caballero Rodríguez